nos pasar de Egipto á Galilea é intentár de nuevo acantonarse en el Tabor, hizo destruir la ciudadela. Pasado el peligro y viendo los sarracenos las inmensas ventajas que podía proporcionales, la reconstruyeron inmediatamente y la conservaron hasta la completa destrucción del reino latino en Oriente. Los edificios religiosos y militares fueron entonces destruidos en el Tabor, y los restos de los monasterios, de las iglesias y de las fortificaciones se mezclaron unos con otros, y no volvió á verse allí más que ruinas solitarias, frecuentadas únicamente por las bestias salvajes.

Al pie de esta maravillosa montaña, Napoleón, con solos dos mil soldados, sostuvo, desde las seis de la mañana á la una de la tarde, el choque de diez mil soldados de infantería y venticinco mil de caballería. Consiguió sobre los musulmanes una completa victoria, con lo que reparó la afrenta que los cruzados habían sufrido sobre su cumbre.

¿Y por qué no hizo justicia de los ultrajes soportados por los religiosos, y sobre todo de la matanza de los pobres monjes franceses que se habían retirado á aquel lugar para venerar el admirable misterio de la Transfiguración? Esta misión y esta gloria estaban reservadas para otros que merecen también asociar su nombre á las vicisitudes del Tabor.

VI

Los hijos de San Francisco.—El P. Bonifacio de Ragusa. Juan de Capistrano.

En la segunda mitad de este siglo llegaron los hijos de San Francisco á la cima de la santa montaña, y la devolvieron, si no su antiguo esplendor, al menos alguna cosa de su prestigio monástico. Sus planes tuvieron que sufrir todas las contradicciones posibles. Repitiéronse los mismos combates que en Caná y en Séforis, y por parte de los enemigos las mismas armas desleales. Un día llegaron los griegos hasta á cerrales la entrada de la montaña, que hasta entonces había permanecido siempre abierta para todos. Fuertes en sus derechos, los Franciscanos no se desconcertaron por esto, y llegaron, finalmente á quedar dueños de la planicie, sobre la que yacían por tierra los monumentos históricos que pronto debían restaurar.

Notaremos de paso que los Franciscanos jamás habían olvidado la montaña tan amada del Señor, ni aun en los días más calamitosos de su historia. En 1550, el P. Bonifacio de Ragusa, Custodio de Tierra Santa, escribía que los religiosos del convento de Nazaret se trasladaban á la cima del Tabor el segundo domingo de Cuaresma. y que allí cantaban el Evangelio; «pero, añade, con extremas dificultades y muchos peligros, á causa de las bestias feroces que lo habitan».

Más tarde establecieron los mismos religiosos una peregrinación más solemne en el 6 de Agosto, día de la Transfiguración. Esta fiesta acababa de ser establecida por la Santa Sede para consagrar el recuerdo de la famosa victoria de Belgrado, conseguida sobre los turcos por las armas cristianas bajo las órdenes de San Juan de Capistrano, fraile Menor á quien la historia reconocida saluda á la altura de los más grandes capitanes, y al que la Iglesia ha elevado sobre los altares, concediéndole el glorioso título de *exterminador de los turcos.*

VII

La subida al Tabor.—El incendio.—La columna de fuego. La piadosa caravana.—Las corridas de caballos.

En los siglos pasados como en nuestros días aún, una gran parte de la población latina de Nazaret acompañaba á los Padres de Tierra Santa en su ascensión al Tabor. La partida se verificaba la víspera, llevando consigo los ornamentos sagrados y los utensilios del menaje. Al llegar á la planicie superior, se levantaban las tiendas y se preparaba todo lo necesario para una instalación de un día. Después de las primeras Vísperas, cuando las sombras de la noche escalaban la montaña, todos se retiraban bajo sus tiendas para tomar su frugal alimento y entregarse á las dulzuras del sueño. Fuegos encendidos en varias partes servían de centinelas, ahuyentando á las fieras, desconcertadas por esta repentina invasión.

Al día siguiente, muy de mañana, se cantaba la Misa solem-

ne sobre el altar levantado en el fondo de una gruta perdida bajo la verdura y los espinos, con el mismo aparato que en las catedrales. No parecía sino que las montañas con sus cúpulas de follaje y sus ramas de árboles enlazadas entre sí, se hubiesen adornado á propósito para solemnizar la memoria de este día, único en el que ella vió á su Criador manifestar su esplendor y su gloria.

Ninguna peregrinación es tan poética como la del Tabor. ¡Pero cuántas veces ha intentado la malignidad de los hombres turbar sus alegrías santas! No refiriré sino un solo hecho muy reciente, pues data de 1864, tomado de la relación de un testigo ocular.

«Estaban ya plegadas las tiendas y los Franciscanos comenzaban á bajar el Tabor, cuando vieron de repente elevarse del valle una espesa nube de negro humo. Al principio creyeron que eran los paisanos de Débora que habían puesto fuego á los rastrojos después de la siega, y no se alarmaron. Mas cuando llegaron al sitio señalado por la tradición como aquel en que se detuvo Jesús cuando mandó á sus Apóstoles que guardasen silencio sobre su Transfiguración gloriosa hasta después que resucitase y quisieron colocarse en círculo para cantar el Evangelio, oyeron gritos de angustia lanzados por el grupo de nazarenos que les había precedido en la bajada: «¡Atrás, atrás!..., decían, ¡fuego, fuego!...» Volvieron al punto sobre sus pasos, mientras que resonaba por todas partes este siniestro grito: «La montaña se abrasa, somos perseguidos por las llamas; huid, id...»

»Al espanto sucedió inmediatamente la confusión. Tropezaban aquí, caían allá y lloraban por todas partes. Los unos espacaban por un lado, los otros por otro, llamando desesperados quien á su madre, quien á su esposa, quien á sus hijos ó sus hermanos. Parecía que no había bastantes senderos sobre estas vastas pendientes para dar paso á los casi enloquecidos peregrinos.

»A los redoblados clamores del miedo, se unía el incesante chisporroteo de las llamas, que hallaban continuamente nuevo alimento para su voracidad. Veíase con espanto propagarse rápidamente el incendio de la hierba ya abrasada por los rayos

del sol, á las ramas secas de los árboles y de éstas á las verdes, desde las que se escapaban espesas columnas de humo que obscurecían el aire. Nuestra caravana no marchaba sino á los terribles resplandores del fuego. Allí en donde poco antes se había admirado un bosque de robles ó de laureles, no se veía otra cosa que los tizones inflamados de un brasero ardiente.

»Volver atrás no se podía; ir á la izquierda era imposible, porque no había sino precipicios; replegarse á la derecha no era prudente, pues se veía surgir desde allí una columna de fuego aún más amenazadora; no restaba, pues, otro medio de salvación que ensayar el paso por medio de las llamas, y este fué el partido que tomaron los Franciscanos. A medida que ellos descendían con esa fuerza y rapidez que sólo puede dar el sentimiento de la propia conservación, el fuego disminuía pero la desolación iba aumentando. Llegaron, en fin, al valle en donde había comenzado el desastre, y volviéndose á mirar atrás vieron á las llamas ganar la cima de la montaña.

»Se hizo el recuento de la gente, pero faltaban muchos. Las mujeres sobre todo y las jóvenes se habían quedado atrás en su mayor parte. Los maridos y los padres, olvidados del peligro propio, retrocedieron para ir á arrancar de las llamas aquellos seres que les eran tan caros. No se oyó por un instante sino gritos lamentables y desesperados, á los que respondían á lo lejos voces ahogadas. ¡Fué aquel un momento de inexplicable angustia! Felizmente, no hubo que deplorar muerte ninguna, y la piadosa caravana, después de largas horas de alarmas é inquietudes, concluyó por reunirse toda entera en donde acamparon las turbas que esperaban al Señor después de su Transfiguración. El gozo y acción de gracias se disputaron los primeros instantes, y después emprendieron la vuelta hacia Nazaret.

»Nadie dudaba que el fuego hubiese sido encendido por manos criminales; ¿pero quiénes eran los culpables? Los Franciscanos lo supieron en el camino; fueron los habitantes de la aldea de Débora, que en su exceso de fanatismo quisieron tener el bárbaro placer de verlos arder vivos juntamente con el pueblo fiel que los acompañaba. Un delito de tal naturaleza merecía todos los rigores de la justicia, pero las autoridades locales permanecieron impasibles y cerraron voluntariamente los ojos.

Todo se redujo á esperar de la vuelta sucesiva de la primavera y del rocío del cielo la resurrección del hermoso bosque tan odiosamente asolado.»

Hoy, los católicos de Nazaret, llevando consigo los víveres necesarios, suben al Tabor ocho días antes de la fiesta y edifican allí chozas de ramaje. El 5 de Agosto, los Franciscanos trepan á su vez á la montaña santa. A las tres de la tarde cantan las primeras Vísperas en su iglesia; al día siguiente, á las dos de la mañana, se reunen para los Maitines, seguidos de las Misas rezadas, en las que comulgan los peregrinos, sin que nadie se dispense de acercarse á la Sagrada Mesa. A las ocho tiene lugar la Misa solemne. Inmediatamente después se dirigen los jóvenes al convento para felicitar al Superior; y después de haber tomado los refrescos que éste les hace servir se retiran á sus tiendas, en donde esperan su visita, que reciben en pie en señal de respeto. Después de estos actos de cortesía, tienen lugar las carreras de caballos seguidas de juegos y diversiones, en donde se revela todo entero el carácter infantil del pueblo árabe. Al ponerse el sol, se está de vuelta de Nazaret.

VIII

El muro.—Las excavaciones.—El descubrimiento.—La basílica. El igumeno.—La habitación de la sultana.

El año 1872 será para siempre célebre en los fastos del Tabor, por el importante descubrimiento de la basílica de Santa Elena.

Viendo los Franciscanos que los griegos, dueños ya de una parte de la montaña procuraban todavía extenderse á su costa, resolvieron poner un dique á sus invasiones rodeando de un muro el cuadrado de terreno de unos doscientos metros de lado que les pertenecía, y en el que suponían que debía encontrarse la basílica de la Transfiguración, sepultada desde hacía siete siglos.

Terminada la muralla, comenzaron las excavaciones ó más bien el descombro de una montaña de ruinas. La empresa

era colosal, casi imposible, si se considera la insuficiencia del material, la pobreza de las máquinas y la escasez de obreros.

Guiados por la historia y la tradición, hicieron abrir la zanja en la parte más elevada de la montaña, hacia su extremidad oriental. Al llegar á la profundidad de quince metros, se vió surgir el ábside de un monumento; la basílica de la Transfiguración estaba encontrada...

Este fué para los Franciscanos un momento de indecible consuelo y alegría. ¡Con qué aclamaciones saludaron su precioso descubrimiento! La noticia se esparció bien pronto por el país, en donde fué acogida con entusiasmo. Los periódicos hablaron de ella como de un grande acontecimiento arqueológico.

Antes de seguir la historia de las excavaciones, mostremos la identidad del monumento encontrado con la descripción que de él hizo, en 1115, Daniel, el igumeno ruso, de quien ya en otra ocasión hemos hablado. Este viajero, buen escritor y arqueólogo de alta nota, dió en alguna suerte la topografía del Tabor.

«Sobre la cima de la montaña, dice, y al lado del Oriente, se encuentra una elevación formando un montecillo pedregoso. Allí es en donde tuvo lugar la Transfiguración de Nuestro Señor, y allí se encuentra actualmente una grande iglesia consagrada á la conmemoración de este hecho tan portentoso. Por todo alrededor hay sólidas murallas con puertas de hierro.»

Estas murallas se levantan majestuosamente aún hoy ante los ojos de los peregrinos, bien que no sean, si hemos de decir la verdad, sino las fortificaciones elevadas por Flavio Josefo contra los Romanos.

Además de la historia, citemos la tradición tan tenaz en Oriente.

Contáronme los Franciscanos que cuando preguntaban á los habitantes de Nazaret en dónde había estado erigida la iglesia de la Transfiguración, respondían todos invariablemente: *cerca de la habitación de la sultana.* Y así era en realidad. Cuando el religioso que dirigía los trabajos se acercó á las ruinas de la basílica, encontró al lado derecho un cuadrado de

cuatro á cinco metros con pavimiento de mosaicos, que era el suelo de la famosa habitación.

Era un resto de la antigua quinta construida por los bajás que iban á pasar la estación calurosa del verano sobre la ventilada cima del Tabor.

IX

La iglesia de Moisés.—Los monjes de Cluni.—La escalera en la roca.—La cripta.—El púlpito de mármol.

Animados los Franciscanos con su primera conquista, prosiguieron descombrando en la parte occidental de la montaña hasta unos setenta ú ochenta metros del ábside de la basílica. ¡Cuán inspirados estuvieron! Después de algunos días de trabajo, vieron aparecer las ruinas de otro monumento sagrado: la iglesia dedicada á Moisés. Nos complacemos también aquí en invocar el testimonio del viajero ruso que hemos ya citado, y que vió con sus propios ojos esta iglesia.

«Muy cerca de la basílica de la Transfiguración se halla, dice Daniel, otra iglesia que estaba dedicada al legislador Moisés.»

Palabras tan terminantes no exigen comentario alguno.

Todavía hoy, el primer monumento que divisa el peregrino al subir la montaña augusta es la iglesia de Moisés. No se puede dudar de que es una de las tres señaladas por Antonino de Plasencia, que visitó el Tabor en el siglo VI. Si existía entonces, claro está que debió ser muy poco posterior á la basílica de la Transfiguración. Sus paredes son gruesas y de piedras bien labradas, pero su altura es poco considerable, pues varía entre uno y dos metros. El pavimiento ofrece por todas partes restos de mosaicos, tesoro que se tiene tan oculto como es posible para robarlo á la indiscreta devoción de los rusos.

Entre tanto proseguían felizmente las excavaciones, y la esperanza de nuevos hallazgos redoblaba el ánimo de los trabajadores. No fueron vanos sus esfuerzos, pues descubrieron poco á poco el antiguo convento de los monjes de Cluny, cuya fundación, como lo atestigua también el igumeno ruso, se remonta á una época mucho anterior á la de las Cruzadas: «Había, dice, antiguamente sobre el Tabor un palacio episcopal, reemplazado hoy por un convento latino.»

Avanzando en la zanja, se descubrió el atrio de la basílica, pero en tan mal estado, que sólo con gran trabajo podía distinguirse de las ruinas que le rodeaban. Al lado había una pequeña capilla con pavimiento de mosaico. Descubriéronse dos sepulcros en el mismo sitio; el uno que por su tamaño indicaba ser de un hombre, y el otro de un niño como de unos diez años.

La posición de estos sepulcros vueltos hacia el Oriente, según la antigua costumbre de los fieles, no deja la menor duda sobre su origen cristiano. Puede creerse además, que guardaron los restos mortales de un ilustre caballero y su hijo, pues era costumbre que los grandes, particularmente los cruzados, se hiciesen enterrar bajo los pórticos de los edificios religiosos. Después de los tumultos de la guerra y de los combates por Cristo, nada ambicionaban tanto como proporcionar á sus cenizas un último asilo vecino al cielo. ¿Y había alguno comparable al Tabor?

Continuando las excavaciones, se llegó al descubrimiento más importante: el de la cripta misma de la basílica, que marcaba el sitio preciso en que había tenido lugar el misterio de la Transfiguración.

Consignaremos aquí el testimonio de un viajero de siglo XII, que vió aún en pie la antigua iglesia.

«Se halla, nos dice, situada en la cima de la montaña, y en la cripta se ve un púlpito de brillante mármol con una cruz esculpida, designando el lugar en que el Redentor tenía puestos sus benditos pies cuando se transfiguró en presencia de sus discípulos.»

El mismo autor habla de un monasterio adyacente á la basílica, habitado por una multitud de monjes latinos, el cual no era otro sino el fundado por Santa Elena.

La basílica de la Transfiguración no es, pues, para los católicos sino un bien encontrado, pues hasta sus mismos enemigos atestiguan su antigua posesión.

Se bajaba á la cripta, y se baja todavía, por doce escalones tallados en la roca. Su longitud es como de cinco metros, y su anchura, que corresponde á la de la iglesia, de treinta.

Fué completamente imposible encontrar el plano del edi-

ficio en su parte superior; los muros, cayendo de viejos, se desplomaban bajo los instrumentos de los trabajadores, quedando ¡ay! muchos sepultados bajo los escombros.

El conjunto de las ruinas del Tabor produce grande impresión. Después de la jornada empleada en recorrer la montaña santa, nos sentamos sobre algunos restos de columnas ó de esculturas. La luna se remonta dulcemente por entre las torres y almenas más ó menos destruidas, dejando correr sobre el oro mate de la piedra esa armoniosa luz que da su verdadero valor á las formas arquitectónicas. Tales horas traen consigo demasiada poesía para poderse uno defender contra las evocaciones y sueños de la imaginación.

Asistíamos á la sublime escena de la Transfiguración, veíamos á Santa Elena octogenaria presidir por sí misma la erección de la basílica que debía perpetuar tan dulce recuerdo. Veíamos acudir en seguida á los solitarios, á los discípulos de San Benito, al bello y magnánimo Tancredo, el más perfecto de los héroes después de Godofredo de Bouillón. ¡Oíamos el coro de los monjes cantar, al salir el sol, los versos triunfantes de David; reedificábamos los altares en que subía de nuevo el incienso del sacrificio; repoblábamos de fervientes adoradores el templo imaginario, ese templo que no espera sino un corazón entusiasta, una nación generosa, ó bien el despertamiento de la cristiandad, para salir de sus largos siglos de olvido y resucitar en su gloria!